

BESTIARIO DE DON JUAN DE AUSTRIA



Desde remotos tiempos el mundo animal ha ejercido un subyugante influjo en la mente del hombre suscitando en él una mezcla de temor, asombro y profunda fascinación. Su realidad multiforme, las más de las veces misteriosa, y su insoslayable presencia han ido propiciando la aparición de una cultura zoológica milenaria, de un esfuerzo de comprensión y de interpretación simbólica tan sostenido que ha desembocado en uno de los más sólidos cuerpos de la sabiduría medieval encarnada en los célebres bestiarios.

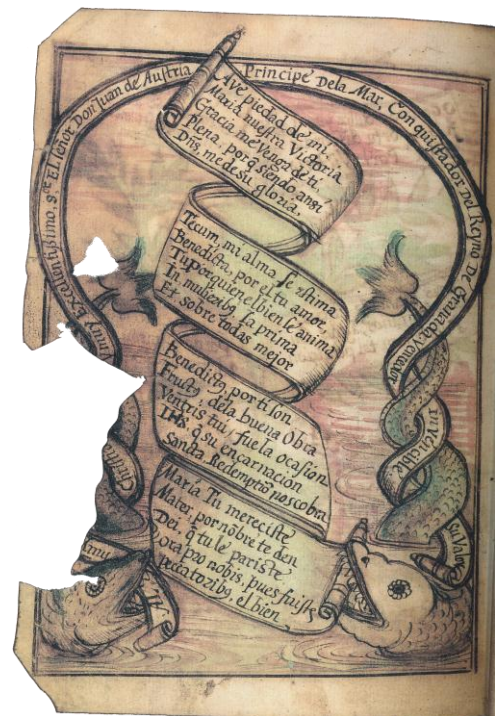
La apariencia enigmática de muchas especies animales, algunas de sus inquietantes formas y fascinantes dimensiones, sus hábitos ocultos, o excesivamente difusos, han alimentado el asombro, la admiración y el respeto hacia ese impresionante mundo animal, convirtiéndolo no sólo en objeto preferente de observación y estudio, sino también –como en el caso de nuestro bestiario medieval– en paradigma del bien o del mal, en rutilante espejo del alma humana y, en última instancia, en inagotable fuente de sabiduría espiritual y social con la que equipararnos para realizar mejor la difícil travesía por este proceloso mundo.

De un tiempo a esta parte, en los ámbitos más cultos del mundo occidental está cuajando una sólida tendencia a profundizar en culturas alejadas geográfica o cronológicamente de la nuestra. En cuanto a otras latitudes, ahí está el interés creciente por la milenaria cultura china, por la filosofía, la historia y la ancestral espiritualidad de la India, por el asombroso del no muy conocido ámbito islámico o el oscuro mundo precolombino en América. Y retrocediendo en el

túnel del tiempo, es evidente el hechizo que nuestra Edad Media ejerce con toda su diversidad, su particular cosmovisión, su mundo metafísico, su peculiar cosmología y cosmogonía, el arte de sus iglesias y catedrales, su amplio y riquísimo lenguaje simbólico, del que nuestros bestiarios serían tal vez una de las expresiones más elocuentes.

Sumidos como estamos en esta vorágine de vertiginosa acumulación de conocimientos científicos y técnicos corremos el riesgo de caer en un cientifismo exclusivo y excluyente que pierda todo el contacto con estas otras culturas con las que estamos obligados a dialogar, que limite gravemente nuestra visión humana y, en última instancia, nos lleve incluso a turbar la necesaria comprensión de nosotros mismos.

SILOÉ ha querido aportar su granito de arena en este esfuerzo colectivo que todos estamos llamados a realizar para recuperar, o al menos no perder, el riquísimo tesoro cultural y humano de viejas tradiciones, de la sabiduría universal de nuestro pasado. Y lo hace editando en facsímil esta auténtica joya de la bibliografía española y mundial: *El Bestiario de Don Juan de Austria*, único bestiario en lengua castellana en el mundo y excepcional pieza de coleccionismo. La edición sale completa en el año 2000 en el que se celebra el quinto centenario del nacimiento de Carlos V, progenitor de Don Juan de Austria, al que el libro va expresamente dedicado por su autor.



Quizá no sea ocioso recordar que el origen de los bestiarios medievales se remonta a los primeros tiempos del cristianismo, al célebre *Physiologus*. Ya por entonces los cristianos cultos de Grecia y Roma frecuentaban los libros de los primeros naturalistas, auténticas celebridades como Aristóteles, Plinio, Dioscórides y Eliano, a los que el *Physiologus* añadiría simbolismos extraídos de otros grandes escritores de Grecia y Oriente, y de las fábulas y mitos que eran lugar común de la época. La difusión que conoció el *Physiologus* fue tan vasta y considerable que se hicieron multitud de copias, más o menos fieles, que han impedido una reconstrucción exacta del texto original, lo que no impide considerarla como una pieza clave de la cultura

medieval, pues se sabe que llegó a ser el libro más leído después de la Biblia y que los letrados medievales lo conocían prácticamente de memoria.

Más tarde, y siguiendo este género, se compondrían obras, tanto en prosa como en verso, con el nombre de Bestiarios, o Volucrarios si sólo hablaban de aves, así como Florarios y Lapidarios para hacer el repertorio de flores y piedras preciosas respectivamente. En todos ellos se aprecia un torrente de poderosa imaginación, preñado de simbología e intención didáctica, que como viene a decir Charbonneau-Lassay en su *Bestiario de Cristo*, el propio san Agustín aprobaría con entusiasmo, pues él mismo al reflejar el comentario del *Physiologus*, según el cual el águila rompe contra la roca la punta del pico que se ha hecho demasiado largo, añade prudentemente: «lo importante para nosotros es meditar el significado de un hecho, no discutir su autenticidad».

Lo cierto es que la proliferación de bestiarios fue tal a lo largo de aquel tiempo que llegaron a convertirse en el libro de cabecera de la gente culta y en auténticos breviarios de los artistas de entonces.

Pero al lado de esta gente culta, del clérigo o del filósofo que los evocarán como paradigma de las verdades eternas, y movida por un fuerte impulso espiritual cristiano, también la gente humilde del campo, el campesino rodeado de sus animales domésticos y de los dañinos, moviéndose entre bosques, prados y huertos, e incluso las damas que se solazan practicando la cetrería se remitirán a esta simbología de los bestiarios y verán en la mariposa o en la primera golondrina, llegada con el buen tiempo, el emblema de la Resurrección de Cristo y, por ejemplo, el asno gris marcado con una cruz blanca en el lomo evocará su doloroso caminar hacia el Calvario cargando con el madero de su suplicio.

Acabamos de mencionar la cetrería y quizá no sea ocioso advertir a nuestro amable lector de una rara curiosidad, como lo es el hecho de que entre las numerosas páginas de nuestro bestiario encontramos un breve tratado de cetrería que constituye el único ilustrado de este tema escrito en español. En ninguna otra biblioteca ni documento se podrá encontrar tan feliz coincidencia.



El autor, Martín Villaverde –que en el manuscrito aparece bajo una forma abreviada como Villaxide–, dedica el libro, como queda dicho, a Don Juan de Austria con estas palabras: «Tracé estas líneas para que Vra. Excellencia con pasallas y mirallas descanse un rato de los muchos que en la guerra a trabajado». Nosotros nos permitimos remedarle y dedicamos este libro a cuantos han tenido o tendrán la oportunidad y sensibilidad suficiente para apoyar nuestra labor editorial adquiriendo un ejemplar de esta edición, para que pasando y repasando sus bellas páginas descansen igualmente un rato de los muchos otros ingratos que también la vida actual suele deparar.

Amigo lector, tiene ante sí una de las más hermosas y perfectas ediciones de la bibliofilia actual. No en vano el facsímil ha obtenido el premio Fray Luis de León a la obra mejor editada en este apartado. Y con ellas y con nuestro autor –Martín Villaverde– queremos darle un último consejo, un consejo bestial nos atreveríamos a decir: «Curemos de bien bivar / en cuanto tiempo tenemos / A la muerte no esperemos».

